

A close-up portrait of a man with dark hair, smiling and looking towards the camera. He is wearing a blue shirt. The background is slightly blurred, showing green foliage and a building. The text is overlaid on the image.

Mauricio Paredes

escritor

¿Por qué? soy lector?

Cuando era niño, salía barato viajar a Argentina, por eso fuimos varias veces con mi familia. En cada visita, me compraban una Mafalda. Tengo el maravilloso recuerdo de comer helado de dulce de leche en Mendoza y después saborear las tiras de Quino.

A close-up photograph of a hand holding a red book. The background is a brick wall with a window. The book is held in a way that its spine and cover are visible. The lighting is bright, suggesting an outdoor setting.

Algunas las leí de manera desordenada para que después, al hojearlas, pudiera aparecer el tesoro de una hoja no leída. Después seguí con **Quinoterapia**, **Déjenme inventar...** hasta **Mafalda Inédita**. A mis papás les parecía raro que un niño de siete años leyera con fruición libros de humor sutil, pero

después se acostumbraron a que yo fuera una persona extraña. En mi casa estábamos suscritos a la colección de la Editorial Andrés Bello; llegaban dos libros, uno para grandes y otro para chicos. Me encantaba saber que, con mi papá, estábamos leyendo a la par, cada cual el suyo. Nos

hacía cómplices en la inmersión en el mundo de la fantasía y me sirvió para comprender que “inventado” no es lo mismo que “falso”. Igual que muchos, terminé leyendo los de grandes también.

Mi mamá nos leía cuentos, en castellano y en inglés. Hacía un esfuerzo enorme por conseguir los mejores libros que pudiera. Nos leía y nos cantaba. Mi abuela paterna me contaba historias que ella se sabía cuando íbamos a alojar a su casa. Las versiones variaban cada vez, por ejemplo, la de la hormiga que se queda cuidando la olla. Si me había portado bien, la hormiguita se caía a la sopa, pero era rescatada por su mamá, que alcanzaba a llegar justo a tiempo. Otras veces la hormiguita moría ahogada y quemada en el caldo.

Hubo ciertos profesores de lenguaje que hicieron una gran diferencia. Donald MacAulay me hizo conocer a Roald Dahl y eso cambió mi vida, especialmente por la forma divertida, ingeniosa, estrafalaria y hasta subversiva en que nos leía en





voz alta. Alejandro Ruiz me hizo valorar a la Gabriela Mistral. Específicamente fue cuando nos contó que su mamá había muerto. Él nos leyó uno de los tantos poemas relacionados con la maternidad de la Mistral y no pudo terminar. Caminó hacia la ventana y se quedó haciendo como que miraba para afuera. Yo vi cuando le cayeron las lágrimas y supe que la poesía era algo tan importante como la vida. Mark Farmborough me enseñó a querer a los libros como a un tesoro, como un regalo de Dios. Osvaldo Gutiérrez me hizo ver la importancia del estilo, de la delicadeza del manejo del lenguaje en un texto. Nicholas Connolly fue la primera persona que me dijo: “Tú tienes un talento especial; puedes dedicarte a lo que quieras en la vida, pero no dejes de escribir”.

Y bueno, en eso estoy. ■